

acostamientos, ó sea pensiones dadas sobre rentas; se reintegraron muchas alcabalas que estaban enajenadas á la corona; se vendieron nuevos juros sobre rentas, se vendieron asimismo bienes y jurisdicciones de monasterios; se desmembraron cuatrocientos mil ducados de renta de los bienes de las órdenes militares; y quinientos mil ducados de oro, de los monasterios monacales.

A todos estos recursos hay que añadir lo que este emperador recibió de América, que aunque no ascendió á muy crecidas cantidades por lo poco regularizado de las rentas é impuestos de aquellas posesiones, siempre serian muy considerables. Los historiadores no andan bien explicitos sobre su importe, ni están de acuerdo, ó por mejor decir, apenas mencionan el total á que ascendieron sus rentas en España. No hay que perder de vista que á los gastos del emperador acudian tambien Nápoles, Sicilia, el estado de Milan, sobre todo los de Flandes, tierra rica, industriosa, comerciante, de grandísimos recursos. Sin embargo, el emperador Carlos V rara vez salió de ahogos, y murió con deudas.

En el reinado de su hijo entraremos en pormenores mas extensos sobre las rentas del Estado, cuyo importe se fué aumentando poco á poco, con lo cual, y el mejor arreglo en su administracion, la corona se fué emancipando poco á poco de las Cortes. Humillada, pues, la aristocracia, reducida á casi nada la importancia de los procuradores de los pueblos, con tropas permanentes, con rentas fijas y cuantiosas que eran dueños de aumentar por medio de decretos ó pragmáticas meramente administrativas, los reyes de España se hicieron absolutos de hecho.

El rey de Francia era mas despótico en su pais, y disponia con mas desembarazo de los recursos del Estado. Las asambleas, llamadas allí estados generales, se convocaban muy rara vez, y solo en circunstancias muy extraordinarias. Con unos estados mucho menos considerables, pudieron Francisco I y Enrique II hombrear á

la par con Carlos V. El primero puso en su última guerra contra el emperador cinco ejércitos en campaña al mismo tiempo (1). Y como esta fuerza al mismo tiempo que instrumento de ambicion de los principes en sus contiendas fuera, lo eran á la vez del poder absoluto que ejercian dentro, pasaremos á dar alguna idea de los establecimientos militares en aquella época.

## CAPITULO VI.

**Fuerzas militares en tiempo de Carlos V.—Organizacion.—Armas.—Equipo.—Táctica.—Artillería y Fortificaciones.—Sitio de Rodas.**

**H**emos hablado al principio de esta obra del celo con que la mayor parte de los reyes de la Europa se aplicaron á fines del siglo XVI al establecimiento y organizacion de una fuerza armada permanente. Prescindiendo de toda consideracion política, abrió esta importante innovacion una nueva época para el arte de la guerra. Lo que nos dicen de él los historiadores de la edad media, es muy oscuro, tratándose de la parte material, tan diferente de la que vemos en el dia. Variaron, en efecto, el modo de alistarse los ejércitos, la organizacion de sus diversos cuerpos, las armas del combate, lo que se llama táctica en los diversos movimientos, maniobras y demas operaciones de la guerra. Varió todo, y nosotros no podremos familiarizarnos, con lo que sobre este particular estaba vigente en aquel tiempo, no explicándolo bien los historiadores coetáneos, ó escritores dedicados exclusivamente á la parte técnica del arte. Pero extraños estos á la profesion, no pensaron que serian sus escritos objeto de muchas investigaciones infructuosas. Cuanto se sabe

(1) De los parlamentos de Inglaterra y Escocia, que tanta influencia tenian en los subsidios de la corona, hablaremos á su debido tiempo; lo mismo que de los Países-Bajos, donde la autoridad del principe, sobre todo en este ramo, se hallaba bastante coartada.

en esta parte, es solo por conjeturas, por inducciones, por monumentos materiales que nos han quedado, por el conocimiento que tenemos del estado social de aquella época; por reglamentos, leyes, cartas, llamamientos á la guerra, por la relacion de algunas expediciones militares. Sabemos, pues, que cuando convocaba el rey á sus grandes feudatarios, se presentaban estos con sus vasallos en mayor ó menor número, segun sus posibles ó condiciones del feudo; y que con estos contingentes, ó sea tributo de hombres, se formaban entonces los ejércitos, que no estaban sobre las armas sino por el tiempo de la guerra. Sabemos cómo eran las armas ofensivas y defensivas que usaban, pues casi existen en el día; el poco aprecio que entonces se hacia de la infantería, y el estado de rudeza en que se hallaba. Nadie ignora que el nervio de la guerra era la caballería, y que por el número de lanzas se comenzaba á calcular la fuerza de un ejército. La importancia que se daba á la caballería, se deja ver bien por la institucion de la orden ó asociacion, con este nombre conocida, por las pruebas porque tenia que pasar un hombre para ser armado *caballero*, y por las solemnes ceremonias con que iba este acto acompañado. El brillo, la grandeza de esta institucion, es para nosotros los españoles de una evidencia positiva y práctica, por ir todavía la voz de *caballero* entre nosotros, enlazada con la idea de buena educacion, de honradez y nobleza en las acciones. Hé aquí lo que se sabe de positivo; lo demas es asunto de mucha controversia. Hasta las opiniones varian sobre la introduccion en el arte de la guerra de un agente nuevo y poderoso, á saber, el de la pólvora; sobre el modo de usarla, sobre la introduccion de la artillería, es decir, de las bocas de fuego; pues la voz *artillería* tenia entonces un significado mucho mas extenso. Todos estos puntos históricos han dado lugar á mil sistemas diferentes, y el número de criticos ó comentadores ha sido mayor que el de los autores comentados.

Abrió, pues, la introduccion de las fuerzas armadas permanentes, una nueva época en la historia del arte de la guerra, no solo por la consistencia, la regularidad que se dió á estos establecimientos, sino porque participó el arte de las ventajas de una época de luces. El mismo gusto, la misma aplicacion, contraidos á los demas ramos del saber, se dedicaron á la ciencia de la guerra. Hubo escritores militares, como teólogos y jurisconsultos, y si sobre algunos puntos nos dejaron en la oscuridad, pues escribian para sus contemporáneos, nos ofrecen siempre mayor grado de instruccion que sus predecesores.

La guerra comenzó á ser una profesion, ejercida bajo los auspicios de los que alistaban y pagaban los ejércitos. Aquellas bandas de *Condottieri*, que en los siglos XIV y XV vagaban de una parte á otra con sus tropas para venderlas á quien mas pagaba, adquirieron mayor regularidad, hicieron un servicio mas estable y permanente. La guerra llegó á ser una industria casi general, y los ejércitos se hicieron poco á poco mercenarios. Aquella orden de caballería que hizo un papel tan distinguido en la edad media, fué desapareciendo poco á poco. Las ceremonias de ser armado caballero, fueron ya muy raras, y las mas veces, meras fiestas de aparato. Ya se presentaban los ginetes vestidos de todas armas sin este requisito. Se hicieron los hombres mas positivos, mas calculadores; y el espíritu de investigacion penetró en todas las clases del Estado.

Para comenzar por España, desde la última mitad del siglo XV se hicieron los primeros ensayos de la fuerza permanente. Se puede asignar este principio á la creacion de las famosas hermandades formadas en 1464 por los pueblos de Avila, Arévalo, Segovia y Talavera, para repeler las continuas correrías y violencias que en los caminos eran tan frecuentes. Aprobadas por Enrique IV fueron regularizadas en 1476, extendidas á varios pueblos de Castilla, pasando á Toledo, y en seguida á An-

dalucía. Por cada cien vecinos se echó una contribucion de diez y ocho mil maravedises, para mantener un hombre de á caballo. Hé aqui el primer origen de las hermandades.

Fueron estos soldados divididos en compañías á cargo de sus respectivos capitanes. Tenian ademas alcaldes civiles que entendian en su organizacion, en sus leyes interiores, y ademas juntas de gobierno para lo económico y administrativo.

Tenian las hermandades ciertos fueros y privilegios, y entendian privativamente en cierta clase de delitos. Todos los cometidos en caminos públicos, en despoblados; los homicidios, las heridas, los robos, los allanamientos de casas, violencias á mujeres, presos escapados; en fin, toda infraccion de ley cometida á viva fuerza, entraba en su competencia, y era avocada á su tribunal, cuyas atribuciones eran, como se vé, muy extensivas é importantes.

Se pueden comparar los servicios de las hermandades, si prescindimos de su jurisdiccion, con las de la actual gendarmeria francesa.

Las hermandades estuvieron en todo su vigor en todo el curso del siglo XV; fueron constantemente tropas de á caballo, y entraban muchas veces á formar parte del ejército. Desde el principio del siglo decayeron algo, pero subsistieron.

Se comenzaba, pues, á hacer ensayos de fuerzas permanentes en el año 1495. Despues de la conquista de Granada se instituyeron cuerpos de caballeria. Se prohibió á los que habian servido en esta arma la venta de las suyas; se dió orden para que las personas, segun su rango, su condicion y su fortuna, estuviesen siempre provistas de armas para cuando lo exigiesen las necesidades del ejército. Se hizo un alistamiento general, y se mandó que cada doce vecinos se alistase y armase á su costa un soldado de á pie para cuando se le llamase á la andera. Se concedieron privilegios, se les asignaron

sueldos para cuando entrasen en campaña. Mas aunque se deseaba mucho tener estos cuerpos permanentes, no se podia por su excesivo gasto.

Conocian demasiado los reyes Católicos la importancia de tener tropas á su disposicion para que no fomentasen con ahinco su alistamiento, su organizacion y su enseñanza. Hubo en su reinado campos de instruccion para este objeto, que prosperaron poco, habiéndose tenido que abandonar el establecimiento; tal era el hábito del desorden, la carencia de la táctica, y la escasez de fondos para mantener sobre las armas tanta gente.

Fernando el Católico fué el primer rey de España que tuvo una guardia de á pie armada de picas, espadas y alabardas. Llevaban una especie de uniforme á que daban el nombre de librea.

En medio de ensayos tan imperfectos, se pueden considerar los reyes Católicos como fundadores del ejército español. A pesar de mil obstáculos, la infanteria llegó á formarse y merecer aquella fama que tuvo constantemente en toda Europa. Echaron los cimientos de la obra; las diferentes mejoras que hubo despues, partieron todas de este origen.

En la guerra de Granada aparecen ya este orden y uniformidad que distinguen las épocas modernas. Fué una guerra metódica, bien comenzada, bien dirigida, llevada con tino y con valor á su definitivo resultado. Hubo en ella un conjunto de marchas, expediciones, sitios y tomas de plazas que la hacen objeto digno de estudio para los inteligentes. Las tropas, los aprestos, el material de todo género, las máquinas de batir, todo se presenta allí bajo un aspecto formidable.

Se empleaban en dicha expedicion todas las clases de piezas de artilleria que se usaban en aquella época. Se hace mencion de lombardas, ribadoquines, cerbatanas, pasavolantes, buzanos, etc. El número se ignora, mas consta que en el sitio de Loja habia de lombardas mas de veinte.

Comenzaba la artillería á hacer un gran papel en las guerras de aquel tiempo y aun de tiempos anteriores. En las memorias de don Juan II se hace mencion de las piezas empleadas en el sitio de Septenil al principio de aquel siglo. Se habla allí de una lombarda, de otra de Gijon, de otra de la Banda, de otras dos de Fuslera con cureñas, de diez mantas (defensas de madera para los asaltos), con sus pertrechos, de útiles, de minas, de alquitran, de pólvora, de arcas de los pasadores (saetas), de nueve fraguas de herreros, de cincuenta quintales de hierro de toda clase de ferramientas, de muelas para afilar, de tacos de lombardas, de truenos (tiros) de carbon, de gente para cortar madera, para cuidar de los carpinteros, labrar piedras para las lombardas, conducir los que han de labrar con hachas, adobar carretas, conducir escalas en acémilas. Para todos estos objetos se designan los bueyes que los conducian, las gentes de armas que los escoltaban, etc.

El ejército que hizo la guerra de Granada, segun el cronista de los reyes Católicos Hernan Perez del Pulgar, presentó en el alarde que se hizo de las tropas despues del sitio de Baza, cuarenta mil hombres de á pie y trece mil de á caballo. El autor da el nombre de *batallas* á los diferentes trozos ó divisiones de que se componia. Así habla de la primera batalla, de la segunda, de la tercera, etc., de batalla *real*, es decir, de las tropas que rodeaban de mas cerca la persona del monarca.

Despues de la *batalla real* iba otro trozo para separarla del *ardaje* que venia en seguida y estaba protegido por el último trozo que cerraba la columna.

El autor á quien aludimos inserta todos los nombres de los diferentes jefes que mandaban las subdivisiones de estos trozos ó batallas. Unos las conducian como jefes naturales, otros como subordinados y sustitutos de sus señores respectivos. Era una mezcla del antiguo feudalismo con las instituciones modernas que planteaban los dos reyes. No se vén por toda esta reseña mas que trozos

desiguales y sin armonía; unos con infantería y caballería; otros sin esta arma, otros sin la primera. La sexta por ejemplo se componia de trescientas cincuenta lanzas solamente: la sétima de cuatrocientas veinte lanzas y doscientos peones. Nada hace ver mejor lo escaso de las tropas regulares y los pocos progresos que se habian hecho todavía en este ramo de ejército estable y permanente.

Mas el plan se llevaba adelante, y debia de producir sus resultados. La escuela de la formacion é instruccion de los ejércitos permanentes, no podia ser mas eficaz y mas activa. Las tropas conquistadoras de Granada se embarcaban para Nápoles; se aprestaban expediciones á la costa de Africa, y el reino de Navarra estaba muy próximo á ser presa de las armas castellanas.

El cardenal Jimenez de Cisneros continuó la obra de los reyes Católicos en el establecimiento de tropas permanentes. Fué uno de los primeros cuidados de su administracion, mandar que se hiciesen alistamientos de infantería y caballería en todos los pueblos, segun sus posibles, y el número de sus vecinos. Los Grandes se mostraron enemigos de esta providencia, así como ya lo eran de la autoridad del cardenal, cuyo derecho á la regencia disputaban. Era muy grande la complacencia que tenia el prelado en humillarlos. Abatió, en efecto, la arrogancia de aquellos magnates un fraile franciscano, sin mas armas que el ascendiente de su genio. Un dia que le preguntaron en virtud de qué derecho ejercia una regencia que el rey Católico no podia haberle delegado, los llevó á una plazuela que caia á espaldas de su casa; y enseñándoles algunas piezas montadas de artillería: aquí están mis derechos, respondió el cardenal; dejándolos reducidos al silencio. Nada muestra mas hasta qué punto habian descendido los Grandes de Castilla, lo bien que habian trabajado los reyes Católicos en consolidar su nueva autoridad á expensas de la de ellos. Encontró, sin embargo, grandes obstáculos la orden que dió el cardenal

de alistamiento. En algunas partes fué desobedecido abiertamente. En Valladolid, en Segovia, acudieron á las armas, y llegaron á reunir treinta mil hombres, por las sugerencias de los Grandes.

Quedó el cardenal muy desairado en esta empresa, y murió sin haber visto consolidada la obra del alistamiento. Mas la presentación de Carlos V sobre la escena política, anunciaba claramente que se llevaria adelante la idea de consolidar la fuerza permanente en lugar de abandonar lo ya emprendido y comenzado. El siglo XVI que se habia abierto con guerras en Nápoles, en Africa, en Navarra, en el Norte de Italia, continuó siendo tan célebre por su espíritu marcial, como por sus artes, sus ciencias, sus descubrimientos y controversias religiosas. No pudo menos de sentir la influencia de reformas y mejoras el arte militar, á quien los príncipes daban una altísima importancia.

Era ya la carrera de las armas, como hemos dicho, una profesion particular separada de las otras, un ramo de industria que proporcionaba mas ó menos ventajas pecuniarias segun la fortuna de las armas, el valor, la capacidad ó el favor de que disfrutaba un individuo. Los alistamientos eran voluntarios, y las tropas iban adquiriendo un carácter tal de mercenarios que despojaban casi de nacionalidad unas contiendas, mas bien de príncipe á príncipe, que de pueblo á pueblo. No pasaron nunca de 6,000 á 7,000 los españoles que combatieron en Italia en las filas del emperador en las campañas de 1521, 1522, 1523, 1524 y demas que concluyeron con la brillante victoria de Pavía. A pesar de la predileccion que tuvo Carlos V por los de esta nacion, no era español el general en jefe Próspero Colonna, ni su sucesor Carlos Lannoy, virey de Nápoles, ni aun en rigor el marqués de Pescara Fernando de Abalos, aunque de españoles descendia. No eran verdaderamente todos estos jefes mas que soldados de fortuna. Eran la mayor parte de sus tropas, italianos, suizos, alemanes que se reclutaban con

mucho costo, y no podian retenerse en las banderas sin pagas muy crecidas.

En Suiza y Alemania se celebraban con particularidad estas ferias ó mercados de hombres. Allí acudian indistintamente, tanto los emisarios de Carlos V como los del rey de Francia. No se desdeñaban los hombres mas eminentes de desempeñar la comision del alistamiento de estos mercenarios. Cuando el ejército imperial se retiró de sobre los muros de Parma, estaba esperando un gran refuerzo de suizos que habia ido á buscar el cardenal de Sion, á nombre del pontífice. Cuando marchó Francisco I á poner el sitio de Pavía, estaba ausente del ejército imperial el condestable de Borbon en busca de otro cuerpo de estos mercenarios. Habia de este modo suizos, alemanes é italianos en los dos ejércitos que combatieron en esta batalla memorable.

Para estos aventureros que abrazaban la carrera de las armas como un mero ramo de industria, no habia mas alicientes que la paga y el botin nada escaso, ni poco frecuente en dichos tiempos. Cuando faltaba la primera, lo que no era raro, se abandonaban á excesos de indisciplina, que ponian en crueles embarazos á los generales, obligándolos á dar batallas para proporcionarles los recursos que faltaban en las cajas militares. Ya hemos visto que el asalto y saco de Roma no tuvo por objeto principal sino acallar á los alemanes que estaban en completa sedicion por falta de socorros. Lantrech se vió obligado á dar la batalla de la Bicoca, amenazado por sus suizos de que abandonarían sus filas si no los pagaba ó llevaba al enemigo.

Habia entonces otro ramo de industria militar, ya desconocido en nuestros dias; á saber, el rescate de los prisioneros. Los soldados ó individuos de las clases inferiores que los cogian los vendian por lo regular á los capitanes y jefes del mas alto rango, quienes los mantenian de su cuenta, y se entendian sobre el precio del rescate con ellos ó con sus familias. Despues de la ba-

talla de Pavía compró el marqués de Pescara por muy poco precio á Enrique de Abret, que se intitulaba rey de Navarra, uno de los prisioneros que se hicieron en aquel encuentro; y como el emperador se le quisiese reclamar en atencion á su carácter de soberano, declaró el marqués que no lo soltaria por menos de cien mil escudos de oro, entrega que no tuvo efecto por haberse escapado el prisionero.

Como la guerra era una profesion, y los pagaban tanto mas cuanto mayor era su pericia en el manejo de las armas, se dedicaban mucho á la adquisicion de los conocimientos que los hacian tan recomendables. Concluida una campaña, ó tal vez mientras pasaban al servicio del ejército enemigo, sin que se extrañase que los hombres se vendiesen al que mas pagaba. Los soldados asi constituidos se economizaban cuanto mas podian; y no siendo por la codicia del botin, no podian correr gustosos á un peligro del cual no podian redundarles ventajas materiales. Sea por esta causa, sea por la poca eficacia que hubiese adquirido la infantería, sea por lo cubiertos de hierro que iban los caballos, eran poco mortíferas entonces las batallas.

La guerra costaba mas entonces (guardando la proporcion de los hombres empleados), en atencion á lo caro de los alistamientos y lo alto de las pagas, teniendo siempre en cuenta el precio del dinero. Y como estos desembolsos eran por lo regular superiores á las rentas de los príncipes, tenian que ser poco numerosos los ejércitos, que licenciaban en gran parte á la conclusion de una campaña. El mayor ejército que tuvo Carlos V fué el que llevó sobre Metz de cincuenta mil hombres, que entonces pasó por formidable.

En cuanto á los españoles nunca fueron mercenarios, es decir, en el sentido de vender su sangre á potencias extranjeras. Si hacian la guerra en muchos paises de Europa, fuera de su patrio suelo, era siguiendo las banderas de sus reyes. En todas partes acreditaban su

valor, su disciplina, su instruccion en el arte militar, su carácter sufrido en medio de las privaciones. A ellos se debieron principalmente los triunfos adquiridos en Pavía.

No se conocian en aquella época lo que llamamos divisas militares. En rigor no habia gran uniformidad ni en armas, ni en vestuarios, de que cada cual se surtía segun su esfera ó sus posibles. Era muy brillante, muy lujoso y muy marcial el traje militar de aquellos tiempos. Las armas eran riquísimas por lo regular; y en su fabricacion esmerada se distinguian los artifices de aquellos tiempos. Casi todos los jefes principales iban armados de corazas, y llevaban por lo regular encima sayos ó sobrevestas de terciopelo forrado de armiños ó telas ricas. Como se maniobraba poco durante una accion, los mismos generales peleaban á veces en persona (1).

A pesar de que las tropas eran mercenarias, ó quizás porque lo eran, y la milicia una profesion, eran visibles los proyectos del arte, y comenzaba á considerarse como un ramo del saber humano sujeto á observaciones, á reglas y preceptos.

El paso mas importante que se dió en la línea de las reformas de consideracion fué restituir á la infantería la importancia que le habian dado los griegos, y solo los romanos, y de que le habian despojado los siglos que se llaman de edad media. No gozaba de ninguna consideracion durante esta época una arma que antes se habia reputado como el verdadero fundamento de un ejército. Estaba entonces mal vestida, mal armada, con poca instruccion, compuesta de las clases mas ínfimas de la sociedad, sin que apenas su mas ó menos número fuese de gran cuenta. La base principal de los ejércitos, lo que en la opinion comunmente recibida constituia su fuerza, era la caballería, sobre todo la pesada, cuyos individuos recibian la denominacion de gentes de armas, é iban cu-

(1) Véase la nota E al fin del tomo.

biertos de hierro, extendiéndose la misma defensa á sus caballos. Cada uno de estas gentes de armas, llevaba á sus inmediaciones tres ó mas, mas ligeramente armados y montados en guisa de escuderos ó sirvientes, y esta asociacion ó grupo recibia la denominacion de lanza. Asi se contaba el ejército y los trozos de que se componia, por lanzas.

Cuando con el renacimiento de las letras se estudió la antigüedad y resucitaron sus grandes escritores, hizo sin duda impresion la importancia que daban á las tropas de á pie, y hasta qué punto formaban el núcleo y la fuerza, sobre todo en los ejércitos romanos. Todos los principes de Europa se dedicaron casi á un tiempo á la mejora de su infantería, siendo de notar que la base de las reformas fué una imitacion mas ó menos perfecta de la legion romana, con las diferencias indispensables en la de las armas; comenzándose á introducir poco á poco en la infantería las de fuego. Los pasos que sobre esto se dieron en España, en Francia, en Italia, en Alemania parecen simultáneos. La infantería salió de su abyeccion, y desde entonces fué el servicio en sus filas honorífico, digno de las mayores distinciones.

La infantería española comenzó muy pronto á distinguirse, y á adquirir un renombre que no perdió ni en aquel ni en el siguiente siglo. Se hizo objeto de respeto y admiracion en Nápoles, bajo el mando del gran capitán, y este brillo lo conservó en los ejércitos de Carlos V. Cuando describamos las guerras de su hijo, se la verá representar un papel igualmente distinguido.

Los trozos primitivos de esta infantería, que corresponden sobre poco mas ó menos á nuestros batallones, se llamaban *Tercios*, y compuestos de mas ó menos compañías segun las circunstancias del alistamiento. La clase inmediata á la de soldado raso era la de caporal, que corresponde á nuestro cabo. Habia cuatro caporales en cada compañía. Despues seguia la de sargento, nombre bien conocido entre nosotros. Cada compañía tenia su

bandera. Era el capitán quien la formaba, alistaba y entretenia. El oficial que llevaba la bandera de la compañía, tenia el título de alférez.

Sobre la clase de capitán habia la de sargento mayor, nombre tambien muy conocido de nosotros. Eran sus funciones parecidas á las que ejercen en el dia los segundos jefes. Entendian en la contabilidad de todo el cuerpo, en los pormenores del servicio, en llevar el alta de las diferentes plazas, en la instruccion y táctica de su tercio respectivo, en todo lo relativo al arreglo de las marchas, al señalamiento y trazado de los campamentos.

El jefe del tercio tenia el nombre de maestre ó mestre de campo, usado tambien por los franceses. Eran sus funciones muy parecidas á las de nuestros coroneles, por lo que no necesitan explicarse.

La infantería iba armada de picas, y una parte mas ó menos considerable, de arcabuces. Eran los cañones de estos mas largos y de mas calibre que los de nuestros fusiles. Los arcabuceros llevaban una horquilla en que los apoyaban en el momento de hacer fuego, y como las llaves no estaban inventadas todavia, usaban para darles fuego de una mecha.

Algunos piqueros iban armados de rodela. No la llevaban los arcabuceros. Tambien se conocian soldados armados de ballesta; mas esta arma habia comenzado á desaparecer á fines del siglo precedente. Desde que se conoció el alcance y eficacia de las balas, quedaron en desuso los demas géneros de proyectiles. Picas y arcabuces eran conocidas en aquel siglo y aun en el inmediato, hasta su último tercio, que quedaron solo mosquetes ó fusiles.

Con cada dos, tres ó mas tercios, se formaba un escuadron, llamado así por la forma de cuadro que se le daba en órden de batalla. Habia *cuadros de terreno* que equivalian á nuestros cuadros actuales de infantería, y cuadros de hombres que venian á ser la falanje griega ó macedonia. Regularmente tenian 60 hombres de frente